

que son días baldíos o desaprovechados. Y porque las seis horas que sobran a estos trescientos y sesenta y cinco días no las conocieron, por esto no tenía fijeza el año y no comenzaba con puntualidad, como el nuestro; y así era en un día, o otro, pero siempre casi a un tiempo. Y de aquí nace la diferencia que ha habido en algunos escritores, diciendo unos que comenzaba a fin de enero, y otros, que por febrero, y otros, que por marzo; pero la verdad de el caso es (según la mejor averiguación que yo he hallado) que comenzaba por febrero, como dejamos dicho en el calendario, tratando de las fiestas que celebraban.

CAPÍTULO XXXVII. *Donde se trata de el arte adivinatoria que tenían estos indios occidentales*



ARA LA PERFECTA INTELIGENCIA de la cuenta que dijimos tener estos indios, en el capítulo pasado, es de saber que tenían tres maneras de contar, en cuya primera cuenta entraba la división de el año por sus meses y quintanas, que son los cuatro términos en que se dividía el mes, de cinco en cinco días; y así su año se repartía por diez y ocho meses, como se contiene en su calendario y como queda dicho. El fin a que enderezaban esta división, era, que cada mes, o cada veinte días, los dedicaban a un dios, y en ellos le hacían fiesta y sacrificios, excepto que en dos meses hacían fiesta a cuatro dioses, dedicándoles diez días a cada uno (como dejamos dicho), y así con ser los meses diez y ocho, eran las fiestas veinte; esta cuenta se llama calendario, donde todos los días del año se dedicaban a los dioses, excepto los cinco días, llamados nemontemi que, como queda dicho, los tenían por baldíos y desaprovechados. Esta cuenta, que es calendario, que estos naturales tenían de tiempo sin memoria, es muy distinta de las otras dos cuentas que luego se siguen.

La segunda cuenta, que estos naturales usaban, se llama cuenta de los años, porque contaban cierto número de ellos, hasta cincuenta y dos, por la forma y manera ya dicha en esotro capítulo, que llamaban toxihmolpia. El fin o intención principal de esta cuenta fue renovar cada cincuenta y dos años el pacto y concierto que tenían hecho con los ídolos, de servirles la vida que les quedase después de la siguiente atadura de años que comenzaba en la rueda venidera; que a este fin era aquella solemnísima fiesta de el fuego nuevo que hacían en el cumplimiento de estos cincuenta y dos años; y estas dos cuentas quedan ya dichas y declaradas en el lugar referido.

Pero la tercera cuenta que estos naturales usaban, era la de el arte adivinatoria, que era pronosticar o adivinar la fortuna o ventura que tendrían los niños que nacían, así hombres como mujeres, que casi quiso ser levantar figura, como hacen nuestros astrólogos, según su astrología. Era, pues, esta cuenta de esta manera: tenían veinte caracteres o medallas de varias formas y pinturas; al primero de los cuales llamaban ce cipactli, que es espa-

darte; al segundo, ce ocelotl; al tercero, ce acatl; al cuarto, ce xuchitl; al quinto, ce acatl; y de esta manera iban procediendo hasta veinte y decían que cada uno de estos caracteres reinaba trece días, que todos juntos hacen número de doscientos y sesenta; y algunos quisieron decir que estos trece días eran semanas de estos indios, pero no es así, sino número de días en que reinaba el signo o carácter que estaba al principio. En esta cuenta adivinatoria y no lícita entreponen los caracteres de la cuenta del año, conviene a saber, aquellos cuatro caracteres de que arriba se hizo mención, que es caña, pedernal, casa y conejo; por donde contaban la hebdómada de sus años, que son los cincuenta y dos dichos.

Hase de advertir que esta cuenta era muy perjudicial y muy supersticiosa y llena de idolatría. Algunos la alabaron mucho, diciendo que era muy ingeniosa y que no tenía ninguna mácula ni error; pero esto dijeron por no entender a qué fin se enderezaba esta dicha cuenta, ni tampoco entendieron la muchedumbre de supersticiones, fiestas y sacrificios idolátricos que en ella se contenían; y llamáronla el calendario de los indios, no advirtiendo que esta dicha cuenta no alcanza todos los días de el año, porque no tiene más de doscientos y sesenta días de círculo y vuelta, y luego torna a su principio; y así, no puede ser calendario, ni nunca lo fue, porque no tiene el círculo de los trescientos y sesenta y cinco días que contiene el año, los cuales debe tener para la buena cuenta de las fiestas; y esto ignoraron los que dijeron que esta arte adivinatoria era calendario.

Aquí hemos de advertir que el demonio, nuestro adversario, ha tenido en todas las edades del mundo grandísimo cuidado en buscar modos y maneras con que más se haga estimar de los hombres apartados de el camino cierto de la verdad; y así ha usado con ellos de supersticiones y embustes, para más engolosinarlos a su servicio, entre los cuales fue uno, esta arte adivinatoria, la cual sembró casi por todas las naciones que se saben ha habido en el mundo, en unas más y en otras menos, variándola según la calidad y condición de las gentes donde la ha introducido; porque los judíos tuvieron una manera de adivinar las cosas futuras; los caldeos, otra; los egipcios, otra, muy diversa de éstas; y los árabes y los griegos, según hombres doctos que lo dicen, y los latinos, la cual llaman astrología judiciaria,¹ tan falsa y sin fundamento como todas las demás, porque se rigen en ella por fundamentos falsos y sin verdad, que aunque los tienen no son más que en la apariencia. Todas estas artes de adivinar, entre personas graves y cristianas, están tenidas por cosa de mentira y de burla² en todo el mundo (aun en el tiempo de la gentilidad), y aun de la astrología, que tiene sus fundamentos en los movimientos y astros celestes, hay muchos que no quieren tenerla por ciencia, por no parecerles ser de infalible verdad, sino que muchas veces son casos contingentes. Por lo cual Alciato, en uno de sus emblemas,³ pinta a Ícaro, que queriendo regir el carro del sol y hacer cosa que no sabía, ni le estaba bien, cayó con alas de cera derre-

¹ Div. Thom. 1. q. 115. art. 4 y 1.2. q. 9. art. 5 ad tertium. y 2. 2. q. 95. art. 5.

² Div. Aug. contr. Gentes, cap. 84.

³ Alciat. Emb. 103.

tidas y dio en el profundo del mar, donde se ahogó y pagó su atrevimiento; y dice luego que tales son los astrólogos que quieren medir los efectos de los cielos con la vara de su corto entendimiento y juicio. Pues si de la astrología, que se tiene dada por ciencia, sienten mal hombres que bien sienten, ¿qué se debe decir de la judiciaria que no tiene fundamento en verdad ninguna? Por esto en el tiempo de nuestro cristianismo es condenada y la Iglesia católica romana la tiene detestada y anatematizada por sus concilios y sacros cánones;⁴ y en especial el papa Sixto Quinto la anatematizó y maldijo, en su tiempo, como mala y engañosa y que turba la razón y sigue la mentira.

Pues viniendo a hablar de el arte adivinatoria que estos indios usaban, digo que era entre ellos una cosa muy estimada y de mucho interés a los que la usaban. Llamábanla tonalamatl, que quiere decir libro de suertes o de ventura; y a los que la trataban llamaban tonalpouhqui, que quiere decir sortilego o hombre que dice la fortuna o ventura de otro. Éstos eran muy estimados entre estas gentes de la Nueva España, porque como parecía decir cosas futuras y por venir, teníanlos en grande opinión, porque sola esta propiedad es de Dios, como lo dijo el Profeta a unos que les dijo: decidnos las cosas futuras y diremos que sois dioses. De manera que lo futuro y por venir sólo está reservado al poder y saber de Dios y al que por voluntad suya nos lo manifiesta; y así como calidad deficiente, que la estimaban en quien la veían, no reparando a si era verdad o mentira lo que decían. Tenían estas gentes grande interese en esta arte adivinatoria, porque todas las criaturas que nacían habían de ser registradas de ellos y habían de decirles lo que sentían acerca de su buena o mala fortuna. Pero como gente ignorante y que no sabían lo que se decían, daban una en el clavo (como dicen) y ciento en la herradura; porque aunque todos eran disparates sin fundamento, algunas veces acertaban, con alguna verdad, sin saber si la decían.

Pues para que se entiendan mejor sus disparates pondré aquí el primer signo de sus adivinanzas, nombrando las casas de sus trece días y lo que de ellas adivinaban. El primer signo de esta arte adivinatoria indiana, era cipactli, que quiere decir espadarte, que es un pez grande de la mar y tiene una espada en el hocico, de el tamaño de un brazo o de una braza, conforme él es grande o chico. Este signo era el principio y primero de todos los de esta arte, el cual se contaba en la primera casa de las trece de este signo. El segundo día reinaba otro carácter, llamado acatl, que quiere decir caña. El tercero, calli, que es casa. El cuarto, quetzpali, lagartija. El quinto, cohuatl, que es culebra. El sexto, miquiztli,⁵ que es muerte. El séptimo, mazatl, que es venado. El octavo, tochtli, que es conejo. El noveno, atl, que es agua. El décimo, itzcuintli, que es perro. El undécimo, ozumatli, que es mona. El duodécimo, malinalli, que es cierta yerba, aparrada con el suelo, medicinal. El treceno, acatl, que es caña. Éstos eran los caracteres que servían a los trece días de este primer signo, llamado cipactli;

⁴ Lib. 2 y 7. Cod. de Maleficiis, y Mathem. L. Mathematic Cod. Episcop. aut Concilium. Bracciacens 1. cap. 9. 10. Sixt. V. in Motu proprio, qui incipit Caeli y Terra.

y los efectos que atribuían a este primer signo y a todas sus trece casas, era decir que los que nacían en él eran bien afortunados; y si era hijo de hombres principales, decían que vendría a ser señor de vasallos y hombre de mucha estimación en la república y muy rico; y si era hijo de hombre común y plebeyo, decían que sería valiente, honrado y acatado de todos y tendría que comer; si era hija la que nacía, decían que sería rica y tendría todo lo necesario para su casa y sería dadivosa y bienhechora de los pobres necesitados y que se le lograrían todas las cosas de mercancía, o trato que tuviese, y otras cosas semejantes que dejo por excusar prolijidad.

Pero hemos de notar, para conocer las marañas del demonio, que aunque es verdad que prometían todas estas cosas en este signo y sus consiguientes casas, usaban de otra astucia, porque temían su bueno y acertado cumplimiento, y decían luego: estas cosas dichas las promete el dios signo; pero, aunque el carácter promete buena fortuna, será posible que esta criatura no la consiga si no hace penitencia y sufre con paciencia la disciplina y castigo de sus padres, y si no es bien criado y no anda derechamente por el camino de la virtud; porque por estas malas costumbres perderá todo lo que por su buen signo ha merecido en su nacimiento. Esto ordenó el demonio en estas gentes, para que si no fuese verdad lo que este su diabólico ministro había prometido en su nacimiento, a la criatura se atribuyese a culpa suya y no a engaño y mentira del signo. Y hemos de advertir más, que no todos los signos con sus casas eran favorables al recién nacido, ni tampoco todas juntas lo desfavorecían, sino que algunos signos eran favorables y muchas de sus casas restantes no lo eran; y otros signos eran contrarios en su primera casa y favorable en su segunda o tercera; y otros indiferentes para el bien y para el mal (según doctrina falsa de estos diabólicos rabinos); y porque todo era falso y mentiroso, no me curo de pasar adelante a dar más razón de esta fingida arte, aunque la tengo toda en mi poder; sólo he dicho esto para dar noticia al lector de lo que estas gentes sentían acerca de sus adivinanzas y suertes.

CAPÍTULO XXXVIII. *Del palo volador de que usaban estos indios en sus fiestas principales*



ENTRE OTRAS MANERAS DE REGOCIJOS que estos indios occidentales tenían, con que engrandecían la solemnidad de sus fiestas y solazaban los ánimos de los que asistían en ellas, era una manera de volar que tenían, dando vueltas por el aire, asidos de unos cordeles que pendían de un alto y grueso madero; y para mayor gusto del lector expresaré de palabra su hechura.

Cuando habían de volar, traían del monte un árbol muy grande y grueso y descortezábanlo y dejábanlo liso. Éste era muy derecho y del tamaño suficiente que bastase a dar trece vueltas a su redonda el que en lé volaba.